

El hombre que miraba al mar

La tarántula se rascaba una patita con la otra, como hacen las moscas con sus delgadas manos. El hombre se encontraba en la misma habitación, a pocos metros de ella, pero no sentía pánico. Sentía compasión. De pronto, un niño que correteaba jugando con una gorra, elevándola como si fuera un avión, girando la visera para tomar impulso, escondió la peluda araña debajo. Ahora era un iglú blanco. La tela de lona comenzó a teñirse de rojo violento: la tarántula se desangraba sin remedio dentro de la ficticia casa. Samuel abrió los ojos y al plegar sus párpados como un toldo barrió el inquietante sueño que no conseguía atormentarlo. El cielo quemaba. Alargó los brazos y estiró el dedo índice para tocarlo: estaba demasiado lejos, se dijo. Aquí sigue estando demasiado lejos.

Desafió los rayos del sol, tal y como le habían dicho siempre sus padres que no debía hacer. “No es bueno mirar al sol, te puedes quemar los ojos”. Quiero quemarme los ojos. Quiero cenizas. Pero nada ocurría. O sí: sus talones empezaron a congelarse bañados por las aguas del mar. No se quejaría, con el ronco gruñido del oleaje ya era suficiente. Primero el sol abrasador, luego el gélido mar pero seguía sin ocurrir nada. Ab-so-lu-ta-men-te nada. Paula no llamaba ni llamaría. Paula no realizaría esa acción. Tampoco la del arrepentimiento, ni la del perdón, ni la de la disculpa, la de parar las máquinas, impedir que el engranaje siguiera engrasándose y dando vueltas. Tic, tac, tic, tac...

Ella simplemente se había desintegrado. ¿Acaso pudo evitarse el Big Bang? “El silencio total fueron sus últimas palabras”, le dijo Samuel al astro que colgaba justamente encima de su cabeza, al que no conseguía dibujarle dos puntos y un paréntesis de apertura para irónicamente imaginarse un emoticono sonriente. ¿Por qué no iba a reírse el sol también de él? Quizá podría añadir su voz al coro que estentóreamente lo acompañaba a todas partes. Se lo había llevado incluso al Cabo de Gata, incluso a esa playa en la que en temporada baja ni los lagartos se daban cita.

Se levantó y caminó con pesadez; tal vez se le habían llenado los bolsillos de arena o de piedras. Cuando llegó al chiringuito de playa en el que solía tomarse un café para sacudirse el sopor sordo del mar, entró un momento al aseo para comprobar el estado de sus cicatrices. Un ajado espejo le devolvió el rostro de un labrador, el sol se lo estaba comiendo. La mujer que atendía el chiringuito –mesas de plástico, sillas de plástico, toldos de plástico preñados por el incesable viento, televisión siempre encendida, tazas toscas de bar sin platito, café viejo, rancio, amargo, amargo, amargo– le sirvió la humeante pócima de la melancolía: no quería oír ni hablar de batidos de chocolate, frapuchinos o zumos naturales.

Mientras él disfrutaba del sabor a quemado que golpeaba su garganta, la mujer iba poniendo aceitosas patatas fritas en cuencos pequeños. La hora del vermú estaba por llegar –como llega la hora de todos– y aunque pocos, unos cuantos lugareños irían

al chiringuito de Manuela para hablar con palillos entre los cuatro dientes. No servían infusiones en la cafetería, pensó Samuel, pero ella bien podría poner en venta sus prominentes bolsas de té bajo la base del párpado inferior. ¿Por qué tendría tantas ojeras alguien que por su edad ya debería tener la vida resuelta, enterradas ya todas las pasiones? Se preguntó sin oler tan siquiera un diez por ciento del egoísmo que rezumaba su frase.

La había observado desenvolverse, renqueante, ese día y los anteriores. Se habían dicho poco o casi nada, pero de alguna manera Samuel sentía que la señora – ojos fijos casi inertes, arrugas en la frente pero no en las comisuras de los labios, pocas risas, vida difícil, drama– padecía su propia existencia. Solo su nieta, Estrella, le sacaba de su sonambulismo obrero. Las manecillas del reloj dieron las doce y la procesión de bastones, dentaduras postizas y voces roncadas aparecieron por el chiringuito. Desde donde se encontraba al forastero solamente podía ver, como todos los días que llevaba vagando por el Cabo, sus espaldas y siluetas recortadas a contraluz. Les oía mascullar conversaciones; algunas veces sobre él, pero no se atrevían a interrogarlo. “El Blas hoy está muy cerca de la mar, Manuela”, dijo uno de ellos. Ella se encogió de hombros y le acercó el cuenco de patatas a modo de respuesta.

El Blas, qué Blas. Samuel, que sentía cómo su mente volvía a pensar en gris, la televisión tronando pero él perplejo mirándola como si fuera una carta de ajuste o un menú en japonés, –“es hora de fotocopiar el pasado para archivarlo, agujerearlo y anillarlo, polvo acumulado sobre sus solapas”, se decía– se sorprendió de su propio interés hacia una persona que no fuera Paula o una cosa que no fueran los tobillos de Paula, la cintura de Paula, los ojos azul oxígeno de Paula... El Blas, qué Blas. Entonces, atraído probablemente por una poderosa intuición –detrás de ti, silbaba el mar– se dio la vuelta e, inmóvil, identificó a Blas. Tenía el pelo blanquísimo y temió, por esas trampas que nos tiende el cerebro atravesado por el mundo de la imaginación y lo onírico, que de un momento a otro se le fuera a teñir de sangre. Blas estaba muy cerca del mar, de espaldas al chiringuito, a su mujer, Manuela y al ajeteo –humo de puros ahora, huesos de aceituna por el suelo, alguna que otra servilleta con su “Gracias por su visita” volando por los aires–, ajeno a su mirada, sin duda mucho más interesado por la espuma de las olas que de la vida.

Los días siguientes Samuel incorporó una actividad más a su subsistencia de tortuga. Después del café, hibernaba dando la espalda a todos salvo a Blas. No sabía por qué pero le parecía que esa inacción lo reconfortaba de alguna misteriosa forma. Se sumía en un profundo mutismo pero no cerraba sus oídos al mundo: fue por esa escucha de espías que supo quién era El Blas. Detrás de su espumosa cabellera estaba la propia Manuela, su esposa. Juntos habían concebido unos cuarenta años atrás a Daniel, del que Samuel no pudo averiguar más que retazos: torso desnudo al sol, excelente nadador, una fuerte pasión vivida en la misma orilla donde Blas hundía ahora sus pies, un nombre de mujer, Laura, una nacionalidad, italiana, una hija, Estrella

y una huída. Otra huída. “Cicerón aconseja conocer a las personas antes de aventurarse a quererlas”, sintió que esta vez le susurraba el mar.

Lejos, lejos de todo podremos ser felices, Daniel, lejos y libres, libres de todo podremos ser felices, Samuel... Ven, acurrúcate en la espalda del mundo conmigo Daniel, vamos a jugar a las palabras, Samuel, tú me das el sustantivo amor y yo el de empatía, cuantos más adjetivos que expresan celos, menos verbos te regalaré... Felizmente libres... Librementemente felices... es el único camino...

Incapaz de asir a un espíritu voluble –Laura, Paula, rugía el océano–, Daniel se había abandonado a la inercia: se dedicaba a remendarse y coserse por el día, levantarse, trabajar, ocuparse de Estrella y a hacerse jirones por las noches, gruñir, llorar, anhelar, vagar, anegarse en alcohol y oscurecerse. Hasta que la boca más negra se lo tragó por su propia nostalgia de futuro el día más pensado: cuentan que Daniel salió a pescar el día de su cumpleaños y no regresó, pese a que la mar se encontraba en calma y el joven era un experto nadador. *Abrázame Daniel, si no lo haces me iré...*

El forastero se acercó lentamente a Blas, que no era más que una nuca de blanca espesura. A cada paso que daba sus pies se cubrían completamente por la arena, desaparecían enterrados y era increíblemente costoso volverlos a resucitar de entre los finos granos. A medio metro de su espalda Samuel pudo oler por primera vez al silente, a la estatua de sal. Notó su respiración agitada, se encontraba a escasos centímetros preso del pánico, no sentía ni un ápice de compasión por su eterna y cíclica espera; de repente Blas se dio la vuelta bruscamente y todo lo que se encontró por rostro fue una oquedad carcomida por tarántulas... Un día más Samuel se había quedado dormido en la playa, lamido por los brazos del mar y bajo los haces del sol que, como los tentáculos gelatinosos de Cthulhu, le provocaban escalofríos y pesadillas. Despegó la cabeza del suelo con dificultad pues la tierra parecía quererlo tragar como si fueran arenas movedizas. Miró hacia delante con inquietud: en el cuadro de siempre faltaba una figura recurrente, la de Blas. Ya no solo faltaba su rostro, tampoco estaba su cuerpo.

Se arrastró por las dunas como pudo –llagas por el sol en todo el cuerpo, células como diligentes hormigas trajinando, cáncer incipiente– y se acercó al chiringuito de playa. No vio tampoco el marchito rostro de Manuela ni el de su nieta. Trabajosamente se dirigió a la parada de autobús, donde dos ancianas vestidas de negro –mal presagio– hablaban, una muy cerca de la otra. El forastero, que ya no lo sería más, preguntó por Blas, por su esposa y por su nieta y las mujeres, con ojos diminutos llenos de una acuosidad pegajosa, le dijeron que se había reunido con Daniel, su hijo. Manuela y su nieta en la capital, con el hermano de la buena señora. Samuel comprendió. Se desplazó con una solemnidad afectada, como si estuviera siendo observado por un tercero, o por todo un público, y las risas estentóreas que solía escuchar volvieron a sintonizarse en su cabeza. Se dirigió como atraído por un imán hacia la posición que Blas tomaba cada día. Le pareció que estaba marcada con

una cruz como suelen estarlo en los escenarios del teatro para facilitar la correcta localización de los muebles y la coreografía. Se situó en su coordenada y miró al mar como si fuera una carta de ajuste o un menú en japonés.

María Sánchez Robles

